OLIVARES.—En el convento de Santa María os dirán qué se habrá decidido con respecto á vos.

Princesa. — (Rompiendo á llorar.) ¡ No volveré á ver à la Reina!

OLIVARES .-- (La abraza, volviendo el rostro.) ¡Sed feliz!



(Vase precipitadamente. La Princesa la sigue hasta la puerta del gabinete, que se cierra detras de la Duquesa. Permanece algunos minutos muda é inmóvil y de rodillas delante de esta puerta; despues se levanta y se va, velado el rostro.)

ESCENA XXI.

La REINA. - El MARQUES DE POSA.

Reina. — Héos aquí, por fin, Marques; gracias à Dios...

MARQUES. — (Pálido, desencajado y con voz trémula se adelanta y hace una profunda reverencia.) ¿ V. M. se halla sola ? ¿Nadie puede oirnos desde la habitación contigua ?

REINA. - ¡ Nadie !... ¿ Por qué ?... ¿ Qué me traeis ? (Le

mira con más atencion y retrocede con espanto.) ¡ Qué demudado! ¿ A qué se debe? Me haceis temblar, Marques; vuestras facciones descompuestas llevan el sello de la muerte...

Marques. - Probablemente ya sabeis...

REINA. — Que Cárlos ha sido preso, y precisamente por vos... añaden... ¿ Es verdad ?... No quise fiarme, sobre esta noticia, de nadie más que de vos...

MARQUES. — Verdad.

REINA. -; Por vos?

Marques. - Por mi.

REINA. — (*Mirándole*, *dudosa*.) Respeto vuestra conducta aunque no la comprendo; pero perdonad esta vez la inquietud de una mujer: temo que arriesgais mucho en este terrible juego.

Marques. —; Y he perdido!

REINA. -; Santo cielo!

Marques. — Tranquilizaos, señora, porque estan tomadas todas las medidas para su salvacion; sólo yo estoy perdido...

Reina. — ¡ Qué oigo, Dios mio!

MARQUES.—¿ Quién me mandaba fiarlo todo á un solo dado y jugar temerariamente sin contar con el cielo ?... ¿ Quién tomaria á su cargo empuñar el pesado gobernalle del destino, sin saberlo todo ?¡Oh!...¡ es justo! Mas ¿ por qué hablar de mí ahora ? El momento es precioso, precioso como la vida de un hombre...¡ Quién sabé si la mano avara del Juez supremo me cuenta ahora las últimas gotas de la existencia!...

Reina. — ¡ La mano del Juez! ¡ Que tono tan solemne! No comprendo que significan estas palabras, pero me espantan...

Marques. — Está salvado, y no importa á qué precio, pero sólo por hoy; dispone de breves momentos y debe saber ahorrarlos... Es necesario que salga de Madrid esta misma noche.

REINA. - ¿ Esta misma noche ?

Marques. — Están hechos los preparativos, y hallará los caballos de posta á la puerta del convento que servia de refugio á nuestra amistad, de algun tiempo á esta parte. Aquí os entrego en letras de cambio todo lo que debia á la fortuna en este mundo; añadid lo que falte. Muchas cosas guarda mi corazon todavía para mi Cárlos, que mi Cárlos no debiera ignorar, pero tal vez me falte tiempo para hablar de ellas con él, y como vos le hablareis esta noche, me dirijo á vos.

REINA. — En nombre de mi esposo, explicaos más claramente, Marques... No me hableis por medio de terribles enigmas... ¿ Qué ha pasado?

Marques. — Tengo que hacer una importante declaración, y la depongo en vuestras manos. He gozado de una dicha, à pocos concedida; la de amar al hijo de un rey; mi corazon, dedicado à uno solo, abarcaba en él el mundo entero, y en el alma de mi Cárlos me fingia un paraíso para millones de séres...; Oh! ¡cuán bellos eran mis sueños!... Pero ha querido la Providencia interrumpir mi empresa antes de tiempo, y bien pronto le faltará à su Rodrigo; el amigo cede el puesto à la amante. Aquí, sobre este sagrado altar, sobre el corazon de su Reina, depongo mi último y precioso legado; y aquí lo encontrará cuando yo no exista. (Vuelve el rostro, las lágrimas sofocan su voz.)

REINA.—¡Este es el lenguaje de un moribundo!... Espero que sólo el delirio... ¿ Qué sentido oculto encierran vuestras palabras ?

Marques. — (Intenta serenarse y continua con más firme acento.) Decid al Príncipe que recuerdo el juramento que hicimos al partir la hostia en nuestros dias de entusiasmo. Por mi parte lo he cumplido, y le he sido fiel hasta la muerte, y ahora toca á él cumplir el suyo.

REINA. - ¿ Hasta la muerte ?

Marques. — Decidle que lo cumpla. El sueño que forjamos, el sueño audaz de un nuevo estado, la divina concepcion de la amistad puede realizarse todavía, y él debe dar el primer golpe de escoplo á esta ruda piedra; poco importa que lleve á cabo la empresa ó que sucumba sin conseguirla; no por eso deje de trabajar en ella. Quizá dentro algunos siglos la Providencia colocará sobre un trono otro Príncipe como él, é infundirá mi propio entusiasmo á su nuevo favorito. Decidle que cuando llegue á hombre, respete los sueños de su juventud, y no permita posarse sobre su corazon, tierna y divina flor, el gusano mortal de la razon tan elogiada... que no se deje engañar cuando la sabiduría de la tierra maldiga el entusiasmo, este hijo del cielo; otra vez se lo dije.

REINA. - Pero, Marques... ¿ à qué conduce ?...

Marques. — Decidle que deposito en su almá la felicidad de los hombres... que, próximo á morir, exijo de él... le exijo... tengo derecho á ello... De mí dependia traer la luz de una nueva aurora sobre sus reinos; el Rey me entregaba su corazon; me llamaba su hijo. Soy el guarda-sellos, y el Duque de Alba ya no es nada... (Se detiene contemplando á la Reina. Pausa.) ¡Llorais!... ¡Oh! alma noble! ¡vuestras lágrimas son de júbilo! Pero está ya decidido: Cárlos ó yo. La elección fué pronta y terrible. Uno de ambos debia ser sacrificado, y he querido serlo yo; yo... antes que él... No pretendais saber más.

REINA. — Por fin empiezo à comprenderos; ¡ desgraciado!... ¿ que habeis hecho?

Marques. — He perdido un par de horas de la tarde, para ganar un hermoso dia de verano; abandono al Rey, porque ¿ qué puedo ser para él?... No brota una sola flor para mí en este árido suelo. El destino de Europa se prepara en el pensamiento de mi noble amigo a quien lego la España... Entre tanto sufra hasta ver-

ter sangre bajo el yugo de Felipe... Pero ; ay de el y ay de mi! si debiese arrepentirme de mi accion, y hubiese abrazado el peor partido... ¡No! no! Conozco a mi Cárlos... y esto no sucederá jamas; vos respondeis de ello, señora. (Despues de un momento de silencio.) A mi vista germinó su amor por vos, y se arraigó en su alma la más desdichada pasion que existió jamas: entonces podia combatirla y no lo hice, antes la fomenté porque no la creia funesta, diga lo que quiera el mundo. No me arrepiento de ello, ni me remuerde por ello la conciencia, pues vi la vida donde todos veian la muerte, y en aquella llama sin esperanza, brillar en buen hora su dorado rayo. Queria conducirle à la perfeccion, elevarle à cuanto es bello y grandioso, y la humanidad me rehusaba una imagen, y mis labios acentos de elocuencia... entonces le hablaba de vos, y mi mayor deseo consistia en darle à comprender su amor.

Reina.— Marques, vuestro amigo os preocupaba de tal modo que por él os olvidabais de mi... ¿ Acaso me creeis exenta en absoluto de las flaquezas de la mujer, cuando intentais convertirme en ángel, y darle por escudo la virtud ? ¿ No habiais reflexionado bastante a qué riesgos se expone nuestro corazon, si ennoblece la pasion con tales nombres ?

Marques. — A este riesgo se exponen, es cierto, todas las mujeres, excepto una sola, una sola; lo juro. ¿ Podria avergonzaros el noble deseo de animar à la virtud heroica ? ¿ Qué importa al rey Felipe que la pintura de la Transfiguracion de su Escorial inflame el deseo de la inmortalidad en el ánimo del pintor que la contempla ? La suave armonía que duerme en las cuerdas de la lira ¿pertenece acaso à su comprador, à su propietario, sordo tal vez ? No: comprò el derecho de romperla en pedazos, pero no el arte de arrancarle melodiosos sonidos, extasiándose con la música. La verdad guia

al sabio; la belleza impera sobre los corazones sensibles y se pertenecen mútuamente. Ninguna preocupacion vil podria arrancarme esta creencia. Así, prometedme que le amareis siempre y no caereis en humillante abnegacion por temor del qué dirán y por falso heroismo... Prometedme amarle siempre y con verdadera constancia, señora; prometedlo en mi presencia...

Reina. — Os prometo que mi corazon será siempre, para siempre, el único juez de mi amor...

Marques. — (Retira su mano.) Ahora, muero tranquilo... he concluido mi tarea. (Saluda à la Reina y va à salir.)

Reina. — (Le sigue con la mirada.) Os vais, Marques, sin decirme si volveremos à vernos pronto.

Marques. — (Vuelve sin mirarla.) Ĉiertamente, volveremos à vernos...

Reina. — Os he comprendido, Marques, os he comprendido perfectamente. ¿ Por qué habeis obrado así conmigo?

MARQUES. - Él ó yo.

Reina. — No, no; os habeis arrojado à esta accion, que llamais una grande accion, no lo negueis; mucho tiempo há que alimentabais este deseo... Poco os importa que se partan de dolor millares de corazones, con tal que vuestro orgullo quede satisfecho. ¡Oh!... ahora... ahora empiezo à conoceros; sólo habeis obrado así para ser admirado...

MARQUES. — (Sorprendido, Aparte.) ¡ Esto no lo esperaba!...

Reina. — (Pausa.) Marques, ¿ no hay salvacion posible?

Marques. - Ninguna.

Reina. — ¿ Ninguna ?... Pensadlo bien ; ¿ ni aun para mi ?

MARQUES. - Ni aun para vos.

Reina.—No me conoceis bien todavia; tengo valor. Marques.—Lo sé.

REINA. - No hay salvacion?

Marques. - Ninguna.

Reina. — (Se aparta ocultando el rostro.) Salid; no estimo ya á hombre alguno.

Marques. — (Victima de violenta agitacion se arroja à sus piés.) Reina... ¡oh! Dios... ¡la vida es, sin embargo, grata!... (Se levanta y vase precipitadamente. La Reina entra en su gabinete.)

ESCENA XXII.

Un salon en las habitaciones del Rey.

El DUQUE DE ALBA y DOMINGO se pasean en silencio. — El CONDE DE LERMA sale del gabinete. Entra luego D. RAMON DE TAXIS.

LERMA. - ¿ No habeis visto todavía al Marques ?

ALBA. — Todavia no. (Lerma va á salir.)

Taxis. — (Adelantándose.) Conde de Lerma, anunciadme...

LERMA. - El Rey no está visible...

Taxis.—Decidle que conviene que le hable de un asunto muy importante para S. M.; despachad porque urge.

(Lerma entra en el gabinete.)

ALBA. — Querido Taxis, ejercitad vuestra paciencia. No hablareis al Rey.

Taxis. - ¿ Y por qué?

ALBA.— Debierais haber tomado la precaucion de pedir permiso al caballero de Posa, quien retiene en su poder al padre y al hijo.

Taxis.—¿ Al de Posa?...; Cómo!... Pues si precisamente de él he recibido esta carta.

Alba. — ¡ Una carta!... ¿ Qué carta?...

Taxis. - Una carta que debo enviar à Bruselas.

ALBA. - (Atento.) ¿ A Bruselas?

Taxis. - Y la traigo al Rev.

ALBA. — ¿ A Bruselas ? Habeis oido , capellan ?... ¿ A Bruselas ?

Domingo. — Esto es muy sospechoso...

Taxis.—; Con que ansiedad, con que turbación me la ha recomendado!

Domingo. -; Con ansiedad!...; Ah!

ALBA. - ¿ A quién va dirigida ?

Taxis. - Al Principe de Nassau y de Orange.

Lerma. — A Guillermo ?... Esto es una traicion, capellan.

Domingo. — ¿ Y puede ser otra cosa ? Si ; realmente hay que entregar al instante esta carta al Rey. Accion meritoria la vuestra , la de cumplir tan estrictamente vuestras funciones.

Taxis. —Reverendo padre, sólo he cumplido con mi deber.

ALBA. - Bien hecho.

LERMA. (Saliendo del gabinete; à Taxis.) El Rey quiere hablaros. (Taxis sale.) ¿ El Marques no ha venido todavía?

Domingo. — Le están buscando por todas partes.

ALBA. — Cosa sorprendente y singular. El Principe es prisionero de Estado, y el Rey no sabe todavía por qué motivo.

Domingo. — El Marques no ha venido todavia a dar cuenta del suceso.

ALBA. - ¿ Cómo ha recibido el Rey la noticia ?

LERMA. — El Rey no ha dicho una palabra. (Rumor dentro.)

ALBA. - ¿ Que pasa ? (Silencio.)

Taxis. — (Saliendo del gabinete) ¡Conde de Lerma! (Los dos se van.)

ALBA. — (A Domingo.) ¡ Qué va à pasar aqui!

Domingo. — Este acento de terror... esta carta interceptada... Duque, no espero nada bueno.

ALBA. — Hace llamar à Lerma; sin duda no ignora que ambos nos hallamos en el salon.

Domingo. — Ha pasado nuestra época.

ALBA. — Ya no soy, pues, el hombre, ante el cual se abrian todas las puertas. ¡ Cuánto ha cambiado todo! ¡ Todo me es extraño aquí!

Domingo. — (Se acerca lentamente à la puerta del gabinete y aplica el oido.) ¡ Oigamos!

ALBA. — (Pausa.) Reina profundo silencio; se oye su respiracion.

Domingo. — Las colgaduras apagan el sonido.

ALBA. - Retirémonos; álguien viene.

ESCENA XXIII.

Dichos. — El PRÍNCIPE DE PARMA.—Los DUQUES de FÉRIA y MEDINASIDONIA. — Algunos Grandes.

PARMA. - ¿ Podremos hablar al Rey ?

ALBA. - No.

PARMA. - ¿ No ? ¿ quién está con él ?

FÉRIA. - El Marques de Posa, sin duda.

ALBA. - En este instante le aguardan.

Parma. — Acabamos de llegar de Zaragoza, y hallamos la consternacion en Madrid... ¿ Será verdad?

Domingo. - Si, por desgracia.

FÉRIA.—¿Es verdad? ¿Fué detenido por aquel caballero de Malta?

ALBA. - Así fué.

PARMA. - ¿ Y por qué ?... Qué ha ocurrido ?

ALBA. — ¿ Por qué ? Nadie lo sabe sino el Rey y el Marques de Posa.

PARMA. - ¿ Sin convocar las Cortes del reino ?

FÉRIA. —¡ Ay del que ha tomado parte en este crimen de Estado!

ALBA. - ¡ Ay de él! repito yo.

MEDINASIDONIA. - Y yo.

Los DEMAS. - Y todos.

ALBA. — ¿ Quién quiere seguirme al gabinete ?... Me arrodillaré à los piès del Rey.

LERMA. — (Sale precipitadamente.) ¿ Duque de Alba ?
DOMINGO. —; Por fin, alabado sea Dios! (Alba entra en el gabinete.)

LERMA. — (Vivamente agitado.) Si llega el caballero de Malta, que aguarde á que se le llame, porque el Rey no está solo ahora.

Domingo.—(A Lerma, à quien rodean con viva curiosidad.) ¿ Conde ?... ¿ Qué ocurre ?... ¡ estais pálido como un muerto!

LERMA. — (Intentando irse.) ¡ Caso diabólico!

PARMA Y FÉRIA. - ¿ Qué ?... ¿ Qué ?

MEDINA. - ¿ Qué hace el Rey ?

Domingo. - ¡ Diabólico ! ... ¿ Qué ?

LERMA. — El Rey ha llorado.

Domingo. - Ha llorado!

Todos.—(Con viva sorpresa.) ¿El Rey ha llorado? (Suena una campanilla en el gabinete. Lerma se va.)

Domingo. — (Intentando detenerle.) Conde, una palabra... excusad... Ha salido, y hétenos aqui mudos de terror...

ESCENA XXIV.

La PRINCESA DE ÉBOLI.—FÉRIA.—MEDINASIDONIA.—PARMA.
DOMINGO y los demas Grandes.

PRINCESA.—(Fuera de si; presurosa.) ¿ Donde está el Rey... donde ?... quiero hablarle... (A Féria.) Duque, llevadme á su presencia.

FÉRIA. — El Rey está muy ocupado, y nadie puede verle.

Princesa. — ¿ Está firmando la terrible sentencia?... Está engañado; quiero probarle que está engañado.

Domingo. — (La llama, haciéndole una seña.) ¿Princesa de Éboli?

PRINCESA. — (Dirigiéndose à él.) ¡Ah! ¿ vos aqui, padre?... Me alegro, porque precisamente os necesito; me apoyareis. (Coge su mano, y quiere conducirle al gabinete.)

Domingo. - ; A mi! ¿ Estais loca , Princesa ?

Féria.— Aguardad; el Rey no está ahora para oiros. Princesa. — Pues es fuerza que me oiga; que oiga la verdad, aunque fuera diez veces dios.

Domingo. — Salid; salid; lo arriesgais todo. Aguardad.

Princesa. — Tiembla tú, miserable criatura, ante la cólera de tu idolo; yo, no tengo nada que arriesgar. (En el mismo instante en que va á entrar en el gabinete, sale de él el Duque de Alba.)

Alba. — (Radiante de triunfo, corre hácia Domingo y le abraza.) Mandad que canten un Tedeum en todas las iglesias; nuestra es la victoria.

Domingo. - ¿ Nuestra ?

ALBA. — (A Domingo y à los demas.) Entrad ahora à ver al Rey, y os diré lo demas.





ACTO V.

ESCENA PRIMERA.

Habitacion del palacio del Rey, que una verja de hierro separa de un patio donde los centinelas pasean á lo largo.

(CÁRLOS sentado delante de una mesa con la cabeza sobre los brazos como si durmiera. En el fondo algunos oficiales encerrados con él. El MARQUES DE POSA se adelanta sin que Cárlos le vea y habla en voz baja con los oficiales que se alejan inmediatamente. Se coloca delante de Cárlos y le contempla un rato en silencio y con tristeza. Por fin , hace un gesto que despierta al Príncipe. Cárlos se levanta , le ve y parece asustarse; le mira despues fijamente y pasa la mano sobre su frente como si intentara recordar algo.)

MARQUES.



Oy yo, Cárlos.

Carlos.—(Dándole la mano.) Vuelves todavia á verme. Bella acccion por tu parte. Marques.—He pensado que aqui podrias

necesitar un amigo.

Carlos.— ¿Verdad, has pensado esto ? Mira, me das una alegría... una alegría indecible. Ya sabia bien que seguirias siendo bueno para conmigo.

MARQUES. — Merezco que tengas de mi esta opinion. CARLOS. — ¿ No es verdad ? Veo que nos comprendemos todavía enteramente, y me place; estos miramientos, esta dulzura convienen á dos grandes almas